



## CAPÍTULO II.

De como se confecciona en regla un matrimonio.

**D**ESDE el 25 de Diciembre la marcha de los acontecimientos que llevamos referidos cambió esencialmente.

Aguado llegó á ser en Elena un elemento indestructible. Aguado había tenido el tino de apoderarse de la situación de Elena de una manera irrevocable.

Elena empezó por conceder al coronel una noche de posadas, y desde el momento en que Elena recibió el primer obsequio puso los piés en una



pendiente resbaladiza sobre la que ya no pudo retroceder.

Elena no hubiera elegido nunca á Aguado como amante, y más podemos decir todavía, no lo amaba; pero hay hombres que saben ejercer un dominio absoluto y que sin tener precisamente el poder de fascinar, son irresistibles en fuerza de ser galantes.

Aguado asedió la plaza por todos los flancos, se apoderó de lo más caro para Elena: del porvenir de su hijo.

Halhagó la pasión más peligrosa de la muger: la vanidad.

Puso en juego el medio universalmente reconocido como infalible: la prodigalidad.

Elena objetó el escándalo de los vecinos.

El coronel hizo mudar de habitación á Elena á los tres días del baile.

Elena quiso poner por medio y pré-

viamente el trato familiar, el tiempo, la reflexión.

Aguado no exigió nada, y concedió todo.

Elena se creía ya relegada al olvido.

Aguado la sacó á la luz.

Elena era pobre.

Aguado la hizo rica.

Elena, en fin, en el cerco que le tendió Aguado no pudo encontrar un solo punto vulnerable.

El éxito debía ser este:

Rendirse á discreción.

En cuanto á Perez, debemos decir que el sol del 25 lo encontró triste como á Job, y tan resignado como aquel santo varón.

Lo primero que Perez se vió al despertar fué el chorreón de chile en el chaleco blanco; y lo primero que se tocó fué la frente, abultada y deforme por un soberbio chichón



Perez se contempló al espejo y escudriñó con profunda tristeza los colores azul, morado, verde y amarillo de su ojo izquierdo, resultándole del examen de este iris epidérmico la convicción de que la bolea había sido de la mejor calidad.

La segunda reflexión de Perez acerca de aquella desgracia fué todavía más triste.

No se acordaba á quien le debía aquel favor.

Y Perez repitió en el goce de todas sus facultades lo que tantas veces había repetido ébrio: el rom es una bebida muy fuerte.

No teniendo otra conclusión más lógica ni más adecuada á la situación, tomó su sombrero y abandonó aquel salón medio oscuro, lanzando un profundo suspiro.

Perez también se había rendido á discreción.

Bástale al lector lo expuesto como base del primer cambio importante y trascendental en la vida de Chucho el Ninfo, quien al sentar plaza de soldado en el cuerpo de Aguado, comenzó á percibir sus haberes íntegros; fortuna que le proporcionaba la ventaja de enseñarse á pródigo y desperdiciado; pero dejemos á Chucho el Ninfo hacer carrera, pues nadie podrá poner en duda la rapidez de sus ascensos militares, y volvamos á ocuparnos de los amores de Mercedes y Carlos.

Desde el momento en que Carlos tocó el resorte de la autoridad pública decidió de su suerte y de la de Mercedes, y por medio de los trámites conocidos y no menos embarazosos y molestos, llegaron las cosas á la inevitable resolución del casamiento.

Don Pedro María y doña Rosario se resignaron, evitándose el desagrado de



separarse de Mercedes por medio de una providencia oficial de depósito, y se determinó que el matrimonio se verificara en paz.

Hubo serias controversias sobre si la ceremonia debía tener lugar en la casa ó en la Parroquia, y esta cuestión mantuvo por algunos días la discusión en la casa de don Pedro María, hasta que por fin don Pedro, con la intervención del padre Martinez, del padre procurador de la Merced y del señor cura de San Pablo dispusieron que todo se hiciera en la iglesia de la Merced, previas las disposiciones y trámites eclesiásticos conducentes.

—Porque... decía don Pedro, si la ceremonia es en casa, cate usted que tenemos el inconveniente de los convidados; y á la verdad no estamos para bailecito ni cosa que lo valga.

—Ya se vé, señor don Pedro María

¡qué bailecito ni que calabazas! dijo el padre Martinez.

—Si la cosa es en la Parroquia, resulta un matrimonio de pacotilla, como el de los pobrecitos; y á Dios gracias, todavía no estamos en estado tan lastimoso.

—Y sobre todo, decía doña Rosario, si la ceremonia fuera en la Parroquia, esto influiría para que el novio viera mañana á mi hija sobre poco más ó menos; y eso sí que no, porque ya que tengo la desgracia de darle mi hija á ese...

—Vamos, muger, vamos, vamos! dijo D. Pedro cariñosamente.

—Pues sí, pues sí, repetía doña Rosario, que al menos se haga la cosa con decoro y con decencia.

—De modo y manera, repitió don Pedro, que la dada de manos y la velación será todo junto



—Todo junto; repitió doña Rosario.

—Todo junto á las cuatro de la mañana en la iglesia de la Merced.

—En el altar mayor por supuesto, dijo doña Rosario.

—Mira, muger: yo desearía que fuese en el de mi Castísimo Patriarca.

—En ese caso en el de la Purísima Concepción de María, dijo doña Rosario; porque tratándose de casamiento... ¿no le parece á usted padre Martinez? decía yo que en el de la Purísima Concepción.

—En el que ustedes gusten, dijo el padre procurador; en cualquiera que sea, yo mandaré poner los blandones grandes, los atriles dorados á fuego, los ornamentos blancos, se pondrán cojines de terciopelo para los novios y se encenderá bastante cera.

—Y que, ¿no sería bueno padre pro-

curador, dijo doña Rosario, que se tocara el órgano?

—No veo inconveniente, se tocará el órgano.

—Veremos á Guzman.

—Mejor á D. Manuel, D. Manuel es profesor.

—Pues á D. Manuel.

—De modo y manera, interrumpió D. Pedro María, que á las cuatro de la mañana...

—O á las tres, dijo doña Rosario.

—Es muy temprano, muger.

—Al mal paso, darle prisa.

—No empieces, no empieces, por el amor de Dios. Pues como decía á las cuatro de la mañana, estarán aquí los coches.

—Porque aunque está tan cerca..... dijo el padre procurador.

—¿A pié? exclamó doña Rosario. ¿Mi hija á pié? no lo permita la cruz de



mi rosario. Padre procurador mi hija no iría á pié á la iglesia, ni por una de estas nueve cosas; que si conforme está la iglesia á cien pasos estuviera á uno, mi hija subiría al coche y se volvería á bajar, pero no iría á pié.

—No quise decir... dijo el padre procurador avergonzado.

—No, padre, ya que la damos, que sea como Dios manda, que al fin ¡quién sabe que clase de vida se le espera á la hija de mis entrañas!

Y doña Rosario se soltó llorando.

—¡Si acabaré mi cuento! dijo D. Pedro María.

—Siga usted.

—De modo y manera que á las cuatro, sí señor, á las cuatro estarán aquí los coches; usted padre procurador, y el señor cura se entienden con su iglesia y con su altar, etc. etc.

—Por supuesto.

—Y oiga usted, sería bueno poner la colgadura de terciopelo, eso le daría á la cosa un aspecto como más severo...

—Me parece muy bien, se pondrá la cortina de terciopelo: mañana mismo mandaré que la recorran, porque está un poco usada.

—Bueno, pero no se le conoce; de modo y manera que á las cuatro montamos en los coches y allá nos esperan ustedes y. . . ahora verá usted, somos... los novios, dos... padrino y madrina, cuatro; mi mujer y yo, seis... Angelita y Pablito ocho.

—Y Perez nueve, dijo doña Rosario enjugándose las lágrimas.

—¡Eso es! dijo don Pedro María, el bueno de Perez. Como que tambien está apesadumbrado.

—No sé lo que le he notado en los ojos, dijo el señor cura.



—Es una inflamación, dijo doña Rosario.

—De facto, dijo D. Pedro María ¡pobre Perez! De modo y manera que somos nueve personas.

No, ¡que estás diciendo! dijo doña Rosario ¿y mi compadre, y los tíos de la niña y las criadas? sí, las criadas; porque toda la cocina está alborotadísima; todas quieren ir, me lo han pedido con las lágrimas en los ojos ¡pobrecitas.

—Pues que vaya toda la cocina mu-  
ger, no hay quien se oponga. ¿De modo y manera, que somos quinientos, padre procurador!

—No le hace, la iglesia es grande.

—Bueno, conque se casan ¿y luego...?

—Eso es lo mismo que yo digo, y luego...

—Porque, oigan ustedes, ese paso es fuerte.

—Es fuerte.

—La separación...

—La separación.

—Eso...

—Porque irse uno escurriendo ..

—Nada más natural, dijo el padre Martínez, en la puerta de la iglesia se despiden, les echan ustedes la bendición, los novios y los padrinos parten en su coche, y ustedes se vuelven á su casa.

—Eso está muy bueno para dicho, pero calcule usted, como será esa vuelta! dijo doña Rosario.

—Sea todo por el amor de Dios, exclamó D. Pedro María; ¡como ha de ser, señor! ¡como ha de ser!

Esta y otras por este estilo, fueron las conversaciones de la casa de don Pedro María.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

36209